

Auge y decadencia de la élite política del Estado de México

El caso del grupo Atlacomulco

Ricardo Cortés Padilla

Centro Universitario UAEM Amecameca
Universidad Autónoma del Estado de México
Amecameca, Estado de México; México
rcortes@uaemex.mx, ricardo_cortes@yahoo.com

Abstract— The political hegemony of the Group Atlacomulco in the State of Mexico has been important both in this political and administrative demarcation as much as in other states of the country, it meant to recover therefore the presidency of the Republic in 2012 by the Partido Revolucionario Institucional. However, this political elite has been characterized by assuming a paradoxical dynamic in connection with the democratic process, which it has been living in the country in general, due that it has incurred in an authoritarian power exercise and a closure of its group in order to monopolize the State government, which has produced the weakness of its elite and therefore, its political debacle.

Keyword— *Elite, politics, democracy, authoritarianism, hegemony, decadence.*

Resumen— La hegemonía política del grupo Atlacomulco en el Estado de México ha sido muy evidente, tanto dentro de su demarcación política como fuera de ésta, lo cual le significó encabezar la reconquista de la presidencia de la República en el año 2012 a través del Partido Revolucionario Institucional. Sin embargo, esta élite política se ha caracterizado por asumir una dinámica paradójica en relación con el proceso democrático que se ha venido viviendo en el país en general, pues ha incurrido en un ejercicio del poder autoritario y una cerrazón de su grupo para monopolizar el gobierno estatal, que a la postre le ha provocado la debilidad de su élite y, por tanto, su debacle política.

Palabras claves— *Élite, política, democracia, autoritarismo, hegemonía, decadencia.*

I. INTRODUCCIÓN

El estudio de las élites ha constituido a lo largo de la historia un aspecto medular del análisis político. Conocer el origen, conformación, formas de actuación y mecanismo de renovación, implica conocer una parte significativa del funcionamiento de un sistema político, y por tanto permite comprender la toma de decisiones públicas y los intereses a los que responde.

De ahí la relevancia de analizar el comportamiento y desarrollo de la élite política del Partido Revolucionario Institucional (PRI) en el Estado de México, en particular del grupo político Atlacomulco, el cual se ha configurado como una élite emblemática de la vida política del Estado de México a lo largo del siglo XX y XXI.

En este tenor, se considera que, a la luz de la alternancia política en el gobierno federal, se crean las condiciones para la reconfiguración y fortalecimiento del grupo Atlacomulco que lo llevan a una nueva etapa de fortalecimiento y hegemonía que le permitieron alcanzar la presidencia de la República con Enrique Peña Nieto, como su momento culmen de mayor fortaleza y esplendor, para posteriormente, sufrir un proceso de decadencia y ocaso hacia finales de este sexenio.

Se parte del argumento de que las élites políticas del PRI en el Estado de México se vieron fortalecidas en relación con su élite nacional, como consecuencia de haber perdido la presidencia de la República, al grado de encabezar la recuperación de la presidencia; sin embargo, las élites priistas mexiquenses han dado muestras de un liderazgo autoritario encabezado por Arturo Montiel Rojas al

frente del grupo Atlacomulco, reflejado en una fuerte institucionalidad autoritaria del partido que lejos de abonar al proceso de apertura y renovación de las élites priistas de la entidad, siguen privilegiando los intereses de su clase política, poniendo en riesgo la unidad y fortaleza de sus integrantes.

II. NATURALEZA DE LAS ÉLITES

Las élites son constituidas por aquellos individuos que logran destacar en algún ámbito de la vida social, esto es, son el grupo selecto de personas que ocupan los primeros lugares en el desempeño de alguna actividad particular y, por ende, se convierten en el punto de referencia del sector social que comparte su praxis de desarrollo individual, llámense intelectuales, políticos, empresarios, religiosos, militares, deportistas, entre otros.

Atendiendo a sus raíces etimológicas Fernández (2013) expresa que la palabra élite "... tiene su raíz en el verbo latino eligere (elegir, seleccionar), que entre los romanos designaba, en términos comerciales, a las mercancías más preciadas. De allí el concepto pasó al francés para denominar la parte más selecta de cualquier grupo" (p. 176). En este sentido, las élites son los elementos o individuos mejor apreciados de una clase en particular, que en la antigüedad se refería a las mercancías más valoradas.

La heterogeneidad social estaría en la base de una jerarquización y por tanto en la conformación de una estratificación social, entre aquellos que logran destacar en alguna faceta o actividad de la vida en sus diferentes estructuras, tanto económica, política y socialmente hablando. Situación que repercute en mayor o menor medida en desigualdad social, dado que los sujetos que logran colocarse en las posiciones cimera de la jerarquía serán aquellos que desde una posición de privilegio tendrán acceso a la toma de decisiones y por ende a tener mayor poder para salvaguardar sus intereses.

Sin embargo, independientemente de su origen (biológico, social y/o organizacional), cuando hablamos de élites tácitamente estamos reconociendo su existencia en referencia o con relación a su contraparte; es decir aquellos individuos o sectores sociales que no comparten las características de las élites, y que por tanto, son quienes carecen de poder, de posiciones de privilegio, de la capacidad de tomar decisiones con trascendencia social, que ocupan posiciones jerárquicas inferiores y que asumen un carácter de clase subordinado. Este sector social ha sido llamado de varias formas a lo largo de la historia, algunas de las cuales son despectivas. Uno de los términos más utilizados para hablar de esta clase social es el de "masa", haciendo alusión al conjunto de individuos que no asumen una postura responsable y comprometida con la construcción de sus destinos, sino más bien, son aquellos que están a la espera que otros los guíen y les indiquen que rumbo tomar.

La política como referencia a las relaciones de poder se vincula con las élites precisamente por la capacidad que éstas adquieren de concentrar cierto grado de poder, cuando menos en el sector social en el que se desenvuelven. Y, por otro lado, la política hace alusión a la capacidad de tomar decisiones a través de medios públicos, que terminan asumiendo un carácter vinculatorio para el conjunto social, y esta capacidad de toma de decisiones es una característica distintiva de toda élite. Capacidad que es resultado de haber adquirido o desarrollado cierto tipo de cualidades y aptitudes, colocándose en posiciones cimera de la jerarquía social. Por tanto, las élites y la política son conceptos fuertemente vinculados, que inclusive nos atreveríamos a decir que son incluyentes y no se pueden separar.

III. ENTRE LA INERCIA HEREDITARIA Y LA RENOVACIÓN DE LAS ELITES

Una constante sociopolítica que identifica Gaetano Mosca (1984) -uno de los autores clásicos de la teoría de las élites y que acuña el término clase política para referirse a éstas- es su tendencia natural a perpetuarse en el poder, es decir, "... todas las clases políticas tienen la tendencia a volverse hereditarias, si no de derecho, al menos de hecho. Así, todas las fuerzas políticas poseen esa cualidad

que en física se llama fuerza de inercia; esto es, la tendencia a permanecer en el punto y en el estado en el que se encuentran” (p. 120). De ahí, que a lo largo de la historia tenemos innumerables ejemplos de distintas clases políticas que embelesados por las mieles del poder buscan mantenerse en los puestos de dirección política, inclusive haciendo uso de un discurso democrático (por contradictorio que esto pueda parecer). En esta tesitura, Mosca resalta que esta tendencia hereditaria hasta cierto punto es connatural a las relaciones de parentesco, dado que: “El valor militar y la riqueza se conservan fácilmente en ciertas familias por tradición moral y por efecto de la herencia. Y la práctica de los grandes cargos, el hábito y casi todas las aptitudes para tratar los negocios de importancia, se adquieren mucho más fácilmente cuando se ha tenido con ellos cierta familiaridad desde pequeños” (p. 120). En este sentido, resulta más fácil para los individuos la interiorización de ciertos valores y cualidades que les permitan acceder a la élite política, cuando desde pequeños han estado en contacto con dichos valores y cualidades, en los espacios primarios de socialización en el ámbito familiar; lo que a la postre genera la tendencia hereditaria del poder.

Es importante resaltar que, para Mosca, pese a la constante conformación de la clase política en todo Estado, la renovación de dicha clase puede adquirir un carácter democrático como reflejo de la organización política de la sociedad, en donde la renovación de la clase política es capaz de integrar a los mejores elementos surgidos de las masas populares.

Por otro lado, haciendo alusión a otro de los teóricos clásicos de las élites, Vilfredo Pareto (1987) sostiene que las élites no son grupos cerrados y establecidos de manera permanente que se renuevan únicamente de manera hereditaria, debido a que existe un proceso de degeneración de algunos de sus integrantes que hace imperativo cambiarlos con otros nuevos integrantes provenientes de las masas sociales que han logrado desarrollar o adquirir las cualidades que les permitan acceder a dichas élites.

Existe un hecho de extremada importancia para la fisiología social y es el de que las aristocracias no duran. Todas ellas se ven afectadas por una decadencia más o menos rápida... no tenemos que buscar aquí las causas de este hecho, nos basta con constatar su existencia, no sólo en las élites que se perpetúan por medio de la herencia, sino también, aunque en un grado menor, en aquellas que se reclutan por medio de la cooptación..., el movimiento de circulación de las élites continúa... (Pareto, 1987, p. 77 y 78).

Es decir, de acuerdo con Pareto, con el fin de mantener la estabilidad social, las élites políticas tienen que abrir cierto espacio para aquellos individuos que desarrollan el instinto que les permita formar parte de la élites, y puedan llegar a posiciones de mando, de lo contrario; por un lado, se podrían generar focos de tensión social y por otro lado, no se permitiría la renovación de las élites y por tanto provocar a la postre su extinción; llamando a este proceso “circulación de las élites”.

El estancamiento de la circulación de las élites puede generar una gran tensión social que puede conducir inclusive a un movimiento revolucionario para derrocar a la élite en el poder. Debido a que cuando las élites se cierran impidiendo un proceso normal de renovación, lo que se provoca es el aumento del número de elementos degenerados que dejan de cumplir con las cualidades necesarias que les permitan mantenerse en el poder. De ahí, que para Pareto (1987) la circulación de las élites se convierte en un proceso de gran envergadura a fin de dotar a la sociedad de cierto equilibrio y estabilidad, lo cual constituye un proceso de evolución de la historia y de los movimientos sociales (p. 75).

Cuando la circulación de las élites se lleva a cabo atendiendo a un cierto equilibrio social, en el sentido de que aquellos individuos surgidos de las masas sociales que logran destacar y asumir las características necesarias que les permitan aspirar a integrar a las élites políticas, son absorbidos o cooptados por las mismas élites, el proceso de renovación de las élites se puede dar de manera estable y apenas perceptible a lo largo de los años.

Por tanto, tanto la tendencia hereditaria de las élites como su proceso de circulación se convierten en elementos claves que permiten analizar la fortaleza o debilidad de los grupos político, y por ende su estabilidad o conflicto interior. Aspectos que son utilizados para estudiar a las élites políticas del PRI en el Estado de México a fin de entender su evolución y tendencia actual.

IV. ORIGEN DEL GRUPO ATLACOMULCO

La consolidación y fortalecimiento del Estado mexicano posrevolucionario va a dar paso al sistema político hegemónico en el país, en donde las élites surgidas de la Revolución mexicana vinieron a sustituir a la élite porfirista, para dar paso a una oligarquía de poder heterogénea e incluyente de liderazgos regionales, locales y sectoriales. En este contexto, el partido oficial (PRI), cuyo jefe máximo va a ser el presidente en turno, se va a constituir en la institución rectora de la competencia por el poder político, entre las diferentes facciones o camarillas que se fueron desarrollando a su interior.

Durante toda esta etapa del presidencialismo hegemónico, aun cuando se trata de un sistema político autoritario, carente de pluralismo político y de una competencia real por el poder a través del sufragio, las élites del poder político no cayeron en el mismo error del porfirismo de no permitir la circulación de las élites. La renovación de las élites políticas aun cuando se dio a través del partido oficial y a través de mecanismos autoritarios como la cooptación, se instrumentó una dinámica de cambio de las élites políticas, las cuales fueron alimentadas consistentemente por las clases medias.

Durante la etapa clásica de vigencia de la supremacía priista (a partir de 1930, pero fundamentalmente entre 1946 y 1977), el partido prácticamente monopolizó el acceso a los cargos públicos y uno de sus objetivos fundamentales fue el de conservar dicho monopolio. Constituía, en este sentido, un partido cartel, aunque esa condición no era fruto de la negociación con otros partidos políticos. La negociación con los partidos satélite tenía una función legitimadora, pero no era necesaria para la formación del gobierno. Por otra parte, si bien era un partido orientado a los cargos, sus miembros no buscaban perpetuarse en ningún cargo en particular. De hecho, la circulación de la élite política priista era altísima. El objetivo de los políticos era permanecer en el sistema, aun cuando eso pudiera significarle transitar por diferentes puestos electivos u oficinas públicas, y de ser posible garantizar un tránsito ascendente en el mismo (Arzuaga, 2012, p. 42 y 43).

Por tanto, la circulación de las élites en el México posrevolucionario se ha dado a través de un proceso de cooptación de disidentes potenciales de la clase media, cerrando las oportunidades a las clases bajas con una tendencia centralizadora del poder, en donde la figura del presidente de la República en turno se convierte en el vértice del poder político.

En este contexto, después de la Revolución mexicana la vida política del Estado de México quedó fuertemente convulsionada y dominada por los caudillos surgidos del movimiento armado, lo que dio paso a la disputa por el poder de los diferentes grupos políticos emanados de la Revolución. “Al término de la Revolución no había una clase hegemónica dominante, pues si bien existían fracciones con mayor peso que otras, como los obregonistas, éstas no habían logrado imponerse a la totalidad, sino que explicaban su permanencia por medio del fenómeno del caudillismo” (Reveles e Islas, 2012, p. 17).

En este contexto de fragmentación de las élites políticas mexiquenses que trajo consigo la Revolución mexicana, sobresalió el grupo político de los hermanos Gómez (Abundio y Filiberto), ligados con los obregonistas, quienes tuvieron la capacidad de fortalecerse y consolidarse en el escenario político de la entidad desde la posrevolución hasta la llegada de Isidro Fabela.

No obstante, la hegemonía del grupo político de los hermanos Gómez va a llegar a su fin con el arribo de Isidro Fabela a la gubernatura del Estado de México, tras el trágico asesinato de que fue víctima el gobernador en turno Alfredo Zarate Albarrán en marzo de 1942. Con la llegada de Isidro

Fabela, con fuertes vínculos al carrancismo tuvo como principal encomienda poner orden en la entidad y controlar a los diferentes grupos caciquiles.

Isidro Fabela puso orden en el gobierno del Estado de México a partir de poner fin al ambiente de agitación, demagogia y represión en el que habían caído los gobiernos gomistas. A partir de estos cambios, la gubernatura mexiquense comenzaría un proceso de institucionalización de sus élites políticas, así como su disciplina y sometimiento a la autoridad del presidente de la República. “El gobierno de Isidro Fabela tuvo como gran herencia el logro de relacionar en torno al PRI a los caciques locales, así como de reclutar liderazgos en la entidad. Dichos caciques se encargarían de mantener a las élites gobernantes, fortaleciendo su influencia en primer término en el estado, y en segundo en las decisiones de los miembros de la élite nacional” (Morales, 2006), p. 209).

En segundo lugar, concomitante del proceso anterior, se sentaron las bases para la conformación, fortalecimiento y consolidación de una nueva élite política encabezada por el grupo Atlacomulco. Con el gobierno de Alfredo del Mazo Vélez además de dar continuidad al proceso de institucionalización de la vida política nacional en torno al PRI, la fuerza del fabelismo se hizo más que evidente en el Estado de México.

El otro gobernador considerado como uno de los líderes más representativos del Grupo Atlacomulco es precisamente el Profesor Carlos Hank González, quien fue gobernador de 1969 a 1975, y fincó su fama por haber realizado una extensa carrera política y empresarial, tanto a nivel local como nacional, aunque de muy dudosa honestidad.

Por consiguiente, podemos decir que la fama del Grupo Atlacomulco se debe principalmente a que, si bien no ha sido el grupo que ha dominado todo el escenario político de la entidad, como muchos lo han querido hacer ver –entre ellos los propios actores políticos-, los dos gobernadores más trascendentes en la entidad habían surgido de esta región, que ha tenido un peso relevante en la vida política mexiquense; y por tanto, ningún grupo político había ostentado el monopolio del poder político.

En suma, de acuerdo con Rogelio Hernández (1998), uno de los analistas de las élites políticas mexiquenses más importantes, existen cuando menos algunas características que habían distinguido a los grupos de poder en el Estado de México desarrollados al amparo del partido oficial:

- Su capacidad de renovación, brindando oportunidades de participación política en el PRI y dentro de la administración pública a nuevos cuadros de militantes, sobre todo surgidos de la Universidad Autónoma del Estado de México.
- El peligro de su soberanía ante la vecindad con el centro político nacional, generando un elemento de cohesión de los grupos políticos mexiquenses ante el peligro inminente de que las decisiones y los líderes de la entidad fueran impuestos desde el centro sin tomar en cuenta las particularidades, necesidades y aspiraciones de sus élites políticas, esto explica en gran medida que la mayoría de los actores de poder eran principalmente de la región centro y poniente de la entidad, además por la gran barrera geográfica que representa el Distrito Federal, para que líderes surgidos de la región oriente pudieran figurar en la política estatal.
- Su capacidad para generar cohesión entre los diferentes grupos políticos, a pesar de las rivalidades originadas por la búsqueda del poder; es decir, los grupos ganadores tenían el tacto de integrar a sus administraciones gente representativa de las otras élites, aun cuando los puestos cercanos eran reservados a la camarilla de confianza del líder, y por su parte los grupos perdedores no asumían una actitud derrotista de suma cero, porque no eran excluidos del escenario político, por lo que continuaban con sus labores políticas aguardando mejores tiempos.

V. AUGE Y DECADENCIA DEL GRUPO ATLACOMULCO

El gobierno de Emilio Chuayffet (1993-1995) lo podemos ubicar dentro de la continuidad de conciliación de intereses, en el sentido de que su candidatura fue resultado de una estrategia muy inteligente en la que buscó establecer relaciones con diferentes grupos políticos tanto en el ámbito local como federal, por lo que se fue constituyendo como el candidato natural, pues era quien aglutinaba los diferentes intereses de los grupos políticos. De hecho, Emilio Chuayffet tenía fuertes vínculos con el grupo de Hank González, pues en los albores de su carrera política recibió un fuerte impulso del Profesor, sobre todo cuando éste era Regente del Distrito Federal, periodo en el que Chuayffet a una corta edad llegó a ser el Delegado en la demarcación Benito Juárez; sin embargo, sus vínculos políticos y laborales lo llevaron a establecer lazos con las élites nacionales, en particular con Carlos Salinas de Gortari, quien lo lleva a dirigir el Instituto Federal Electoral en 1990. Trayectoria y relaciones políticas que fueron preparando el camino para conseguir la candidatura para gobernador del Estado de México.

Sin embargo, tal parece que lejos de que Chuayffet se preocupara por implementar un gobierno de unidad en el Estado de México, sus aspiraciones iban más allá de la entidad, como resultado de sus relaciones políticas a nivel nacional. De ahí que en 1995 haya dejado la gubernatura para integrarse al gabinete de Ernesto Zedillo como Secretario de Gobernación, lo cual lo colocaba en una posición inmejorable en sus aspiraciones presidenciales, además porque se consideraba que Chuayffet representaba el eslabón político que integraría tanto a la vieja guardia priista como a las nuevas generaciones, ya que por un lado mantenía una estrecha relación con personajes como Hank González así como con los llamados tecnócratas, principalmente con Salinas de Gortari.

Para la elección de 1999 salió triunfador Arturo Montiel Rojas quien entre otros cargos había sido presidente del Comité Directivo Estatal en dos ocasiones, presidente municipal de Naucalpan, diputado federal, coordinador de la campaña para la gubernatura de Emilio Chuayffet y Secretario de Desarrollo Económico del Estado de México.

Cabe mencionar que la influencia de la política nacional en la designación del candidato mexiquense, estaba perdiendo fuerza con la distancia entre el presidente Ernesto Zedillo Ponce de León y el PRI. Influencia de la política nacional sobre la local que va prácticamente a desaparecer cuando el PRI pierde la presidencia de la República en el año 2000.

Arturo Montiel Rojas, investido de un gran poder político en el Estado de México capitalizando el vacío de poder que dejaba la pérdida de la presidencia de la República por su partido en el año 2000, asumió la política de aniquilar a las élites priistas opositoras, pues una vez que tomó posesión como gobernador se dio a la tarea de perseguir políticamente a Humberto Lira Mora y a Héctor Ximénez González, candidatos opositores por la gubernatura de la entidad. La promesa de campaña de ser un gobernante incluyente, se rompió entre los propios priistas, en vez de buscar integrar un gobierno de unidad.

De tal manera que con la gubernatura de Arturo Montiel la consolidación del poder político del grupo Atlacomulco se hizo mucho más evidente que nunca, permitiendo superar la ambivalencia sobre su poder y hegemonía en la entidad, no solo por lo realizado por su sexenio sino también por sus alcances de conquista de la presidencia de la República con Enrique Peña Nieto.

En este sentido, la consolidación del proyecto político del grupo Atlacomulco durante el siglo XXI, encabezado por Arturo Montiel Rojas se ha caracterizado por los siguientes elementos:

- Un cierto grado de implosión y carrazón de la élite política mexiquense, obviamente encabezada por el grupo Atlacomulco. Aspecto que viene a dificultar la circulación de las élites y por ende a minar su carácter democrático.

- La utilización del gobierno como un instrumento al servicio de sus intereses económicos y políticos, incurriendo en un nihilismo moral. En este sentido, el gobierno de Arturo Montiel Rojas estuvo plagado de episodios de corrupción y enriquecimiento desmedido de su grupo político y en particular de él y su familia; al grado de que éste se convirtió en su talón de Aquiles en sus aspiraciones presidenciales, cuando en el contexto de la contienda interna del PRI por la candidatura presidencial de 2006 estalló el escándalo en los medios de comunicación sobre las propiedades y fortuna amasada por su familia durante su sexenio como gobernador mexiquense. Desafortunadamente este fue un sello de distinción que permeó a su grupo político de Atlacomulco tanto en el Estado de México como en el gobierno federal una vez que regresaron a la presidencia de la República con Enrique Peña Nieto.
- Expansión de sus tentáculos de control y poder en todo el territorio mexiquense y fuera de éste a través de acuerdos y alianzas con otros gobernadores y líderes políticos para apuntalar su proyecto político, utilizando como principal instrumento la estructura político-electoral de Fuerza Mexiquense 2000. En este tenor, resulta evidente que el control político que empieza a implementar Arturo Montiel Rojas en el Estado de México implicó cubrir los diferentes espacios de poder público con personajes afines a su grupo político y por tanto, a su proyecto presidencial. Esto se tradujo en buscar el control no sólo del congreso local, de las presidencias municipales y por su puesto de su gabinete de gobierno; sino también del poder judicial a través de sus magistrados y jueces, así como de los órganos públicos autónomos como el Instituto Electoral del Estado de México, la Universidad Autónoma del Estado de México, El Colegio Mexiquense, entre otros.
- La recuperación de la presidencia de la República y por ende erigirse como la élite política hegemónica del Partido Revolucionario Institucional. Sin perder de vista la relevancia geosociodemográfica que tiene el Estado de México, y por ende su importancia y posicionamiento en la vida política nacional, resulta casi natural que la élite política local tenga la oportunidad de proyectarse en el ámbito nacional, como ya había ocurrido con otros políticos mexiquenses. En esta tesitura, Arturo Montiel Rojas vio multiplicadas sus posibilidades de proyectarse en su afán de convertirse en presidente de la República, como consecuencia del vacío de poder que había quedado en el partido después de haber perdido ésta en el año 2000. Para ello era necesario recuperar la hegemonía político-electoral de su partido encabezado por su grupo político, que sirviera de catapulta para impulsar sus aspiraciones presidenciales.
- Ser el mentor de una nueva camada de la clase política mexiquense afín y leal al grupo Atlacomulco. Al encabezar Arturo Montiel Rojas la recuperación de la fortaleza del PRI mexiquense a través de su grupo político, de cierta manera significó un proceso de cerrar filas en torno a su dinastía familiar y a sus colaboradores cercanos, convirtiéndose en mentor de varios políticos jóvenes leales a su proyecto y que vendrían a apuntalar la estructura de poder de la entidad en primera instancia con el objetivo de proyectarse nacionalmente. Esto es, la renovación de la clase política mexiquense a partir del sexenio de Montiel se lleva a cabo por cooptación de personajes que se han ganado la confianza de la élite política de Atlacomulco, cuya vinculación está cimentada fundamentalmente a través de mecanismos informales de relación, como los familiares, de amistad y de formación, por encima de las competencias profesionales; sin que esto implique necesariamente que sean personajes improvisados o sin la formación y conocimientos suficientes para desempeñar su trabajo.
- Persecución y exclusión de los grupos y líderes políticos del PRI mexiquense que no se ajustaran a la política gubernamental y no le representaran un alto costo de capital político. Dicho control político conduce al gobierno de Montiel por un camino de corte autoritario caciquil, en donde la política de inclusión de las diferentes fuerzas políticas únicamente va a seguir siendo vigente para

quienes se sumen a su proyecto político, porque para aquellos grupos y líderes opositores serán excluidos y relegados del partido.

Por tanto, la élite política de Atlacomulco encabezada por Montiel fue uno de los grupos políticos que mejor capitalizó el vacío de poder que dejó la pérdida de la presidencia de la República, emulando las viejas prácticas priistas de la época del presidencialismo hegemónico autoritario.

Para Montiel era de vital importancia que su sucesor fuera de su entera confianza, para que le garantizara su apoyo en sus aspiraciones presidenciales y por otro lado, para que le cubriera las espaldas de las posibles anomalías durante su administración, como más adelante salieron a relucir las cuestiones en torno a su acelerado enriquecimiento. De ahí que apostara por Enrique Peña Nieto, originario de Atlacomulco y quien a la edad de 38 años fue postulado como candidato a la gubernatura del Estado de México, con una incipiente carrera política en un corto período de tiempo: su desempeño profesional había sido principalmente en la administración pública estatal, fue Subsecretario de Gobierno y Secretario de Administración, fue diputado de la LV Legislatura en el Congreso del Estado de México.

Con la llegada de Enrique Peña Nieto a la gubernatura de la entidad en el 2005 se venía a confirmar la continuidad del grupo político de Atlacomulco, y en particular del gobernador saliente Arturo Montiel Rojas, unidos por el parentesco. “Familiar de los exgobernadores Fabela, Del Mazo Vélez, Sánchez Colín, Del Mazo González, y Montiel Rojas, Peña escaló posiciones en forma vertiginosa durante el sexenio de su tío Arturo. Desde los primeros años de la década de 1990, éste lo tuteló en las artes del poder y lo llevó de la mano hasta la gubernatura, ...” (Cruz y Toribio, 2011, p. 146).

Estas prácticas de nepotismo y del carácter autoritario y caciquil del grupo Atlacomulco se hará nuevamente presente con el impulso que Enrique Peña Nieto brindó a su primo Alfredo Del Mazo Maza que lo llevó a la gubernatura mexiquense, si bien no inmediatamente al término de su gestión en el año 2011. Ante el riesgo de provocar una fractura de las fracciones priistas de la entidad, Peña Nieto se vio en la necesidad de aplazar un sexenio más el arribo de su primo al gobierno del Estado de México, para cederlo a Eruviel Ávila Villegas, líder político de la región del Valle de México, quien coqueteó y amagó con aceptar una posible candidatura de los partidos de oposición por la gubernatura, ante la negativa de su partido de no favorecerlo con la candidatura; por lo que el grupo Atlacomulco no estaba dispuesto a poner en riesgo sus aspiraciones presidenciales ante una escisión política que se tradujera en una debacle electoral en su propio estado.

En este sentido, todo parece indicar que el grupo Atlacomulco a partir de la hegemonía del liderazgo de Arturo Montiel Rojas trajo buenos resultados tanto para su élite como para su partido político, que le ha permitido mantener la gubernatura de la entidad y que alcanza su máximo esplendor con la conquista de la presidencia de la República en la persona de Enrique Peña Nieto; sin embargo, una vez que alcanza su máximo logro, empieza a sufrir un proceso de declive y decadencia de su clase política, que termina repercutiendo en los resultados de los comicios electorales, como se puede observar en el proceso electoral para renovar la gubernatura en el 2017 cuando a través de una victoria pírrica logra mantener la gubernatura del Estado de México. Situación que se vino a confirmar en la elección federal del 2018, cuando el PRI mexiquense pierde la mayoría en el congreso local y así como los municipios más importantes de la entidad.

En suma, el poder transexenal de Arturo Montiel es muy evidente si consideramos que la clase política mexiquense impulsada por éste como líder del Comité Directivo Estatal del PRI y después como gobernador de la entidad, va a seguir teniendo una presencia muy importante en las sucesivas administraciones estatales, sobre todo durante los períodos de gobierno de Enrique Peña Nieto y Eruviel Ávila Villegas, porque en la actual administración de Alfredo del Mazo Maza, dicha clase política ha perdido presencia en buena medida como consecuencia de que los resultados electorales de 2017 y 2018 no han sido muy favorecedores, pese haber logrado mantener la gubernatura. Es decir, resulta entendible

que, ante la pérdida de espacios de poder político tanto en el gobierno como en el poder legislativo en el ámbito federal y estatal, los grupos políticos mexiquenses ha visto reducidas sus posibilidades de mantenerse en puestos públicos.

Por tanto, la hegemonía del grupo Atlacomulco en el Estado de México ha propiciado un sistema político oligárquico que ha inhibido el proceso de democratización de la entidad y por ende de una competencia relativamente equitativa entre las diferentes oligarquías políticas mexiquenses. En tal sentido, el grupo Atlacomulco se ha convertido en un obstáculo que permita al sistema político avanzar hacia la poliarquía en términos de permitir la representación y el debate público abierto de la pluralidad de grupos políticos de la entidad; estableciendo una subordinación de las diferentes elites políticas a los intereses superiores del grupo Atlacomulco.

Sin embargo, la hegemonía oligárquica del grupo Atlacomulco ha venido a ser fuertemente sacudida por el avance político-electoral de MORENA encabezado por Andrés Manuel López Obrador, tanto en la contienda por la renovación de la gubernatura del Estado de México en 2017, como en los comicios presidenciales de 2018. Situación que viene a reflejar que la fortaleza institucional autoritaria corre graves riesgos de romperse ante el descontento de las elites políticas marginadas de los espacios de poder.

VI. CONCLUSIONES

En el contexto de la alternancia en el ámbito federal, la existencia y hegemonía política del grupo Atlacomulco en el Estado de México ha sido muy evidente tanto dentro de su demarcación política como fuera de ésta, lo cual le significó encabezar la reconquista del PRI de la presidencia de la República en la persona de Enrique Peña Nieto.

La evolución de las élites políticas mexiquenses ha experimentado una dinámica paradójica en relación con el proceso de democratización, pluralidad y alternancia política que se han venido viviendo en el país en general. Debido a que, el proceso de democratización que ha venido atravesando el país desde las últimas décadas del siglo pasado y las primeras del actual, si bien, han traído una mayor pluralidad y alternancia en el ámbito municipal en el Estado de México, esta dinámica no ha alcanzado para arrebatarle la gubernatura al Revolucionario Institucional. Es decir, la liberalización política se ha traducido en dejar atrás el viejo presidencialismo autoritario hegemónico; sin embargo, en el Estado de México tal parece que se asume una dinámica inversa, que ha llevado al poder hegemónico del grupo Atlacomulco en la entidad. Hegemonía encabezada en primera instancia y de manera muy relevante por Arturo Montiel Rojas y posteriormente por Enrique Peña Nieto en su paso por la gubernatura y presidencia de la República.

No obstante, pese a que el PRI mexiquense, con el grupo Atlacomulco a la cabeza, ha logrado mantener la gubernatura de la entidad, ha pasado por un proceso de crecimiento, auge y decadencia durante su última etapa. Esto es, desde que Arturo Montiel Rojas gana la elección por la gubernatura con apenas un margen de victoria de 6.7 por ciento, el Revolucionario Institucional va a experimentar un repunte electoral en la entidad en los siguientes procesos electorales para renovar la gubernatura, al grado de que en el año 2005 Enrique Peña Nieto ganó con más de 20 por ciento de margen de victoria y en 2011 Eruviel Ávila Villegas ganó con más de 40 por ciento de margen de victoria; alcanzando su máximo repunte electoral, como un preámbulo del triunfo presidencial de Peña Nieto en el 2012. Sin embargo, dicho auge electoral se va a venir abajo en la elección gubernamental de 2017, cuando Alfredo del Mazo Maza logró el triunfo con apenas 34.7 por ciento de los votos y un escaso margen de victoria de 3 por ciento, sobre su mas cercana competidora, Delfina Gómez Álvarez del partido MORENA.

La debacle electoral del PRI mexiquense ha sido un reflejo de las tendencias del partido a nivel nacional, lo que también los llevó a perder la presidencia en manos de Andrés Manuel López Obrador al frente de su partido MORENA en 2018.

La disminución de votos que ha sufrido el PRI en el Estado de México se debe a múltiples causas, desde los escándalos de corrupción durante el sexenio presidencial de Peña Nieto hasta violación de los derechos humanos, de manifiesto en su máxima expresión con la desaparición de los estudiantes normalistas de Ayotzinapa y las ejecuciones de varios civiles en Tlatlaya. En este tenor, no se puede dejar de analizar que tanto la corrupción como la violación de derechos humanos se volvieron una práctica común de actuación de la élite política mexiquense; baste con recordar que durante el sexenio de Montiel Rojas como gobernador del Estado de México, logró revertir la mayoría parlamentaria del PAN a través de la compra de conciencias para que 14 legisladores se declararan como independientes y terminaran apoyando sus iniciativas, además de los escándalos de enriquecimiento ilícito en los que se vio envuelto él y su familia; tampoco se puede olvidar la violación de derechos humanos en el caso de los pobladores de San Salvador Atenco, quienes fueron fuertemente reprimidos y violentados durante la gubernatura de Peña Nieto.

La corrupción política y las componendas del grupo Atlacomulco encabezado por Arturo Montiel Rojas han sido un sello distintivo de hacer política en el Estado de México, al grado de hacer escuela en los gobiernos que le sucedieron con Enrique Peña Nieto y Eruviel Ávila Villegas, en donde la compra de conciencias les ha permitido concretar acuerdos y allanar el camino para favorecer sus intereses de grupo; dicho de otra manera, el grupo Atlacomulco ha impuesto un estilo de hacer política con base en la compra de favores y apoyos políticos. En este sentido, podemos entender que las élites políticas de los partidos de oposición han terminado en muchas ocasiones alineándose y apoyando las decisiones y políticas del grupo Atlacomulco. Por ejemplo, la aprobación de las reformas estructurales durante la presidencia de Enrique Peña Nieto a través del pacto por México firmado con las cúpulas partidistas, y que recientemente ha salido a la luz pública que se llevó a cabo a través de la compra de votos de legisladores del PAN con dinero proveniente de la paraestatal Petróleos Mexicanos.

Sin lugar a duda, la corrupción y la violación de los derechos humanos han sido una causa importante que han repercutido en la disminución de votos en favor del PRI, tanto a nivel nacional como en el Estado de México. Sin embargo, no se puede dejar de lado, que dicha disminución también ha sido consecuencia de la crisis y descomposición que ha sufrido la élite política mexiquense debido a su cerrazón, control y monopolio que ha ejercido el grupo Atlacomulco, impidiendo la renovación y circulación de las élites, a fin de refrescar la clase política mexiquense que sea representativa de los diferentes sectores de la sociedad y de los diferentes espacios regionales, en donde liderazgos políticos surgidos del Valle de México o de la región oriente han sido sistemáticamente excluidos de los espacios de poder en el Estado de México, y únicamente son tomados en cuenta en la medida que representan un capital político para ganar municipios o distritos electorales que le permitan al grupo Atlacomulco sumar votos para seguir manteniendo el poder político de la entidad. Con la excepción del caso Eruviel Ávila Villegas, quien llegó a la gubernatura por las circunstancias coyunturales que supo aprovechar en su momento, empero en realidad no pudo impulsar un estilo particular de ejercer el poder y de afianzar a una clase política propia, dado que su administración siempre estuvo flanqueada por miembros del Grupo Atlacomulco y por la sombra del poder presidencial.

En este orden de ideas, y como resultado de este estudio se realiza el siguiente planteamiento. El poder hegemónico que experimentó el grupo Atlacomulco encabezado por Arturo Montiel Rojas y secundado por Enrique Peña Nieto es lo que ha venido provocando una especie de balcanización de la clase política del PRI mexiquense, principalmente de aquellos líderes políticos que se han visto excluidos del grupo selecto de Atlacomulco. Situación que ha llevado a este tipo de líderes políticos regionales a dejar de operar políticamente en favor del partido o de plano operar con las fuerzas

partidistas de oposición, fenómeno que también ha venido a contribuir a los precarios resultados electorales del PRI en la entidad. Planteamiento que nos lleva a considerar si no el fin del grupo Atlacomulco, si su desplome en la vida política de la entidad, y por ende de amplias probabilidades de la pérdida de la gubernatura para el año 2023.

Por tanto, la cerrazón y el carácter autoritario de la élite política mexiquense encabezada por el grupo Atlacomulco, lejos de contribuir al proceso de democratización de la entidad y del país en su conjunto, ha venido a representar un proceso de involución caracterizado por la corrupción, los acuerdos políticos a través de las componendas, relaciones clientelares y pactos de impunidad.

REFERENCIAS

- Arzuaga, J. (2012). Consideraciones sobre la democracia interna de los partidos políticos. Modelos de partidos y debates en torno a su vida interna en México. México: IEEM-UAEM-Fontamara.
- Cruz, F. y Toribio, J. (2011). Negocios de familia. Biografía no autorizada de Enrique Peña Nieto y el Grupo Atlacomulco. México: Editorial Planeta Mexicana.
- Fernández, J. (2013) El despertar de la sociedad civil. Una perspectiva histórica. México: Océano exprés.
- Hernández, R. (1998). Amistades, compromisos y lealtades: líderes y grupos políticos en el Estado de México, 1942-1993. México: El Colegio de México.
- Morales, C. (2006). Las élites gobernantes priistas del Estado de México: su conformación y redes 1942-2005. *Convergencia*, 13 (040), 189-229.
- Mosca, G. (1984). La clase política. Selección de Norberto Bobbio. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pareto, V. (1987). Escritos sociológicos. (Selección de María Luz Morán). Madrid, España: Alianza Editorial.
- Reveles, F. e Islas, J. (2012). El Partido Revolucionario Institucional en el Estado de México. En: Francisco Reveles y Miguel Ángel Sánchez (comps.), *Los partidos políticos en el Estado de México. Origen, desarrollo y perspectivas*, (pp.15-106). México: IEEM-UAEM-Fontamara.